

da fe en ciertas consecuencias que de él se derivan y que abrazan la naturaleza y los actos divinos. El escepticismo absoluto es el ateísmo bajo una forma negativa; el escepticismo imperfecto no implica sino una ignorancia de los atributos y de las operaciones de Dios. Para él existe Dios, pero no quiere ocuparse ni de lo que es, ni de lo que hace, ni de lo que quiere. Esta es la incredulidad vulgar; y esta misma palabra nos advierte, que no se trata ya de un estado raro y quimérico, sino de un estado demasiado real, en el cual el hombre, lejos de abdicar su inteligencia, toma en ella al contrario nuevas fuerzas para resistir á la verdad, es decir, á Dios. Ahora bien, hemos dicho que Dios se ha manifestado al hombre desde su origen, no de un modo incompleto, sino tal cual lo requería la necesidad en que nos hallábamos de conocer nuestro principio, nuestro fin, y los medios de llegar á ellos. ¿Cómo, pues, una porción de la humanidad ignora á Dios, ó está con respecto á él en una duda que no la permite apreciar y cumplir sus verdaderos destinos? ¿Consiste esta falta en Dios ó en el hombre? Preciso es que lo sepamos, so pena de dejar en vuestro espíritu unas nubes tanto mas dolorosas, cuanto que nuestro objeto y el vuestro en este momento es instruirnos de las vías intelectuales que Dios nos ha abierto para subir hasta él.

Vuelvo á repetirlo: ¿el escepticismo imperfecto, tal como lo he definido y en el cual languidecen tantas criaturas racionales, es obra de Dios ó del hombre? ¿Ha sido Dios avaro de la luz, ó es el hombre el que se ha apartado de ella?

Esta cuestión, para que pueda resolverse, exige que investiguemos bajo qué modo y con qué medida ha comunicado Dios primitivamente la verdad al género humano.

No admite contradicción que Dios podía mostrarse á nosotros cara á cara, en toda la claridad de su ciencia, y en este caso, jamás habría aparecido el escepticismo sobre la tierra. Rasgado el velo, lo verdadero que no es mas que la naturaleza divina, se habría posesionado irrevocablemente de nuestra inteligencia; la luz inteligible, en lugar de aparecernos entre el axioma y el misterio, es decir, con un principio y un fin, se habría levantado para nosotros en la plenitud inefable de su propia inmensidad. La evidencia hubiera sido un éxtasis, la certidumbre hubiera adquirido el carácter de la inmutabilidad, y la verdad se hubiera convertido en la vida eterna de nuestro espíritu. Mas este estado lejos de ser en el plan divino nuestro estado original, era pre-

cisamente el término supremo adonde éramos llamados. Ya os he dado la razón de todo esto. Ya os he hecho ver, exponiéndoo el orden general del universo, que Dios, guiado por su bondad, quería comunicarnos su perfección y su beatitud, y que la beatitud dada sin la condición previa del libre albedrío, nos habría quitado el mérito y la gloria de la perfección. De donde se sigue, que un estado de prueba debía preceder al estado final de la beatificación; y este estado de prueba, fundado en el libre albedrío, encerraba necesariamente la posibilidad de creer ó de no creer, de admitir ó de rechazar la verdad, es decir, la libertad del entendimiento. Pero la libertad del entendimiento era incompatible con la visión directa de la esencia divina, y por consiguiente era necesario que Dios se velase á nuestras miradas y fuese á la vez para nosotros un Dios oculto y un Dios conocido; oculto sin celos, conocido liberalmente.

¿Pero cómo ver lo que no se ve? ¿Cómo conocer lo que no cae directamente bajo la vista del espíritu? Si esta dificultad no hubiese podido resolverse, el plan de Dios en la creación no habría sido realizable. Luego podía resolverse. Dios tenía en su propia naturaleza el ejemplar de una doble visión, visión intuitiva y visión ideal. Presente á sí mismo por la visión intuitiva, descubría por la visión ideal las cosas que debía crear un día. Estas cosas evidentemente no formaban parte de su esencia, bajo su forma positiva y realizada; él no las veía, pues, en sí bajo aquella forma sustancial; tampoco las veía fuera de sí antes de comunicarlas el ser de que carecían. ¿En dónde, pues, y cómo las veía sino así como acabo de decir, por vía de imagen, de representación, bajo aquella forma inteligible y misteriosa que nosotros llamamos una idea? Santo Tomás de Aquino propone esta cuestión: «¿Hay ideas en Dios?» Y responde: «Sí; porque no habiendo sido hecho el mundo por casualidad, sino por la acción de la inteligencia divina, es necesario que haya preexistido en la inteligencia divina una forma ó semejanza del mundo, y esta forma ó semejanza es la idea misma (1).» Pero si Dios veía el mundo sensible por la visión ideal, ¿por qué el hombre no hubiera visto el mundo divino por el mismo género de visión? ¿Por qué, sin descubrir la sustancia misma del ser, de la unidad, de lo infinito, de lo absoluto, del orden y de la justicia, cosas todas que son Dios bajo diferentes aspectos y bajo distintos

(1) Suma, parte 1, cuest. 45, art. 1.

nombres, no habria recibido la idea de ellas en su espíritu, y con la idea un conocimiento distinto que mereciese ser llamado la verdad? ¿Podemos decir que no entendemos lo que es el ser, la unidad, lo infinito, lo absoluto, el orden y la justicia? Y si nosotros lo entendemos, si está allí mismo la antorcha que ilumina todo el resto, dentro y fuera de nuestra alma, ¿podemos acusar á Dios de no habernos iluminado, y de no haber puesto en el camino de nuestra vida sino el pálido é incierto resplandor de las cosas visibles? Si; ocultándose, es decir, dejando un velo sobre el fondo sustancial de su ser, Dios se ha entregado de lleno á nosotros por la impresion exacta de su semejanza en la carne viva de nuestro entendimiento. Él ha abierto allí surcos luminosos, y sembrado con mano generosa ese gérmen incorruptible de lo verdadero, que la enseñanza, la reflexion, la experiencia y la misma edad desarrollan incesantemente, hasta que llegemos (á menos que no sea por culpa nuestra) á la madurez divina, á aquel momento glorioso en que la imágen de Dios, plenamente formada en nosotros, rompa la cubierta en que está envuelta, y vaya á reunirse en la inmortalidad al tipo inefable que fué su Padre, y que la reconoce por hija.

No es, pues, la falta de luz la que precipita en el escepticismo á una porcion de hombres, manteniéndoles fuera de la verdad; es el abuso de su libre albedrío. Las tinieblas en que pierden á Dios son tinieblas voluntarias; Dios se muestra, y ellos huyen de él; Dios es el objeto presente de su inteligencia, y ellos prefieren hacer de esta inteligencia un sepulcro ó un caos, á adorar el astro que resplandece en ella. Ellos abandonan aquel sol interior, el único verdadero, para correr tras la magia oscura é impotente del universo material, al cual piden la alegría de la apostasia en el orgullo de una falsa ciencia, y sin embargo, el universo, por limitado que sea, por pálido y mudo que se levante á la faz de nuestro pensamiento, está todo él lleno de Dios. Si él no es su semejanza, contiene á lo menos un vestigio, un lineamiento suyo; desde el hisopo al cedro, desde el rocío de la mañana hasta el lucero vespertino, toda la naturaleza es un reflejo del poder, de la bondad, y de la belleza divina. Dios, que en el cuerpo humano ha asociado la materia á las operaciones mas sutiles del espíritu, ha querido en el cuerpo del mundo asociarle á la revelacion que su propio espíritu hace perpetuamente al nuestro. A cada rayo de la luz ideal corresponde un rayo de la luz sensible; á cada vision del mundo increado, una

vision del mundo creado; á cada voz del uno, una voz del otro. Mas el hombre separa lo que Dios ha unido; iluminado, á causa de su doble sustancia por una doble claridad, no repara que las dos se reunen en un solo centro á la manera que nuestra doble sustancia se termina en una personalidad única, y separando la verdad por un divorcio que la destruye, opone la revelacion exterior á la revelacion interior, la naturaleza á Dios, la materia al espíritu; ó al menos desdeña la luz superior, como una especie de aparicion vaga, en un horizonte mal determinado, y al mismo tiempo se une á la luz inferior, como si fuese la única que tuviese un carácter preciso y positivo. Desde entonces todo lo que se refiere á Dios, á sus atributos y á sus actos, se oscurece en aquel entendimiento adúltero; y aunque entonces no desciende hasta el escepticismo absoluto, tampoco discierne bien sino lo que hiere los sentidos, y lo verdadero no es ya á sus ojos sino lo que lleva el sello de una palpable y grosera realidad.

¿Y habria, señores, habria en efecto mas sombras en el espíritu que en el cuerpo? ¿Sería mayor la claridad del mundo sensible que la del mundo inteligible, sería la tierra mas bien que el cielo la que iluminase al hombre, y Dios se habria engañado en la construccion de nuestro ser, hasta sacrificar la parte que se acerca á él á la que se acerca á la nada?

No lo penseis, señores; la doctrina católica nos afirma lo contrario, y una simple observacion del ejercicio de nuestras facultades nos demuestra que aquella tiene razon. En efecto, hasta la misma ciencia natural, es decir, aquella que no se ocupa sino del orden visible, no podría subsistir sin emplear nociones que saca del orden invisible ó metafísico. Despojad al hombre de estos principios fecundos; quitadle las ideas de ser, de unidad, de extension, de fuerza, de relacion, ¿qué será entonces el universo para él? Lo mismo exactamente que para el animal: un espectáculo. Le mirará sin pensar en otra cosa que en mirarle; y lejos de penetrar sus leyes, no tendrá ni aun el pensamiento confuso de lo que es una ley. Ser puramente instintivo, incapaz de dar al mundo nada superior al mundo, permanecerá silencioso delante de él, y jamás su mano con duciendo desde lejos los astros, les trazará anticipadamente el curso inevitable que siguen sin conocerlo. El espíritu es el que esparce la luz sobre la oscuridad de la naturaleza; él, quien descubre la ligazon y la causa de los fenómenos; él, finalmente, quien mide, calcula, analiza, define, dicta

órdenes á la materia, y el que desenreda en fin el hilo que Dios ha dejado en aquel laberinto, y por el cual le tiene todavía suspenso á voluntad de quien le crió. Mas el espíritu sin la idea no es mas que una antorcha apagada; y la idea sin un gérmen sembrado de lo alto, mas grande y mas claro que todos los mundos, no es tampoco sino el reflejo impotente de la naturaleza sobre una facultad que nada tiene que responderle, porque ella no posee nada. Por mas que nos diga el materialismo que la sensacion se convierte en idea al caer en la inteligencia, es como si se dijese que el límite al entrar en el vacío se convierte en lo infinito. La sensacion á causa de la union íntima entre el alma y el cuerpo, puede avivar la semilla inteligible que reposa en el fondo del espíritu, puede tambien sacarla de una especie de abstraccion solitaria que no está en relacion con la constitucion de un ser espiritual y material á la vez; pero no la es posible dar al espíritu lo que ella no tiene, ni recibir de aquel lo que él tampoco tiene. Dos claridades se fortifican uniéndose; un resplandor no se convierte en sol al pasar por las tinieblas.

Es, pues, por un abuso de las fuerzas del orden inteligible y divino, por lo que el hombre se separa de las altas regiones del pensamiento, para sepultarse en la ciencia de los fenómenos terrestres. Él saca de su inteligencia tesoros de saber y de armonía, los arroja con profusion en el mundo; despues al contemplarle adornado de aquella belleza sublime que él le ha dado, cree que el mundo es quien le ilumina, que solo en él se halla una completa certidumbre, que solo él merece el honor de una cultura asidua; y relegando á Dios sobre un trono inaccesible, no tarda en perderle de vista, en olvidarle, en desconocerle, y en no tener de él sino una noción vaga y sin resultado. Así se forma el escepticismo imperfecto de la predominancia voluntaria del orden material sobre el orden ideal.

Pero hay otra causa que no debo callaros, y cuya exposicion acabará de haceros conocer los medios de que Dios se ha servido para iniciar nuestra inteligencia en la perfeccion y en la beatitud de la verdad.

Al depositar en nosotros la semilla ideal, ó inteligible, al ponernos en relacion por nuestros sentidos con los fenómenos y con las leyes del universo, Dios nos habia iluminado con una doble revelacion, la una interior, la otra exterior. Esto era ya mucho; pero al cabo, no se habia comunicado á nosotros personalmente, en cuanto es la verdad; nosotros no lo hubiésemos conocido, si se

hubiese contentado con aquello, sino por el intermedio de la naturaleza y de las ideas, es decir, indirectamente. Quiso ir mas lejos, y sin mostrarnos no obstante su esencia, establecer entre nuestro espíritu y el suyo relaciones personales. Nos habló pues. Es un punto fundamental de la doctrina católica que en el principio del mundo fué derramada una palabra de Dios sobre la humanidad, y que aquella palabra no ha dejado de vivir en ella, y de difundirse, ya pura, ya alterada, como un eco inmortal de la verdad; eco debilitado muchas veces y no pocas corrompido, pero que vuelve á renacer de sus mismas ruínas á través de las generaciones, recordándonos con la elocuencia de la perpetuidad, la existencia de Dios, su naturaleza y sus actos; así como tambien que Dios es el principio, el fin, el medio, y la llave de nuestro destino. Tradiciones comunes á todos los pueblos y á todos los siglos, atestiguaban esta revelacion oral, hecha primitivamente al género humano; la misma palabra humana, transmitida constantemente por via hereditaria, y no dejando entrever ni histórica ni lógicamente la posibilidad de un origen por via de invencion, daba tambien testimonio de la realidad de una palabra anterior y divina de donde habia salido la nuestra. Se habia descubierto en las selvas al hombre rebajado casi al estado de animal, por consecuencia de un abandono precoz que le sustraía á toda enseñanza. La palabra no era en sus labios sino un sonido vago é inarticulado, un grito bárbaro que indicaba la presencia de las sensaciones, pero que era incapaz de transmitir las ideas. Todos estos hechos confirmaban la página de la Escritura que nos muestra á Dios hablando con el hombre, y acabando por la efusion de la luz oral lo que habia comenzado en él el don de la luz inteligible, y de la luz sensible. Mas estaba reservado á nuestra época adquirir una demostracion de esta verdad, tan maravillosa como inesperada.

Hacia fines del último siglo, un sacerdote frances, conmovido de la desgracia de aquellas pobres criaturas, que nacen privadas de la palabra porque nacen privadas del oido, circunstancia que confirma tambien la estrecha conexion del misterio de la palabra con el misterio de una enseñanza previa; un sacerdote, digo, enternecido de la suerte de los sordo-mudos, consagró su vida á sacarles de aquella dolorosa soledad, buscando una expresion del pensamiento que pudiese llegar hasta el suyo, y arrancar en fin de sus pechos cerrados por tanto tiempo el secreto de su estado interior. Consiguiólo en efecto. La caridad, mas ingeniosa que el

infortunio, tuvo la dicha de abrir las salidas que la naturaleza tenia cerradas, y de derramar en almas oscuras y cautivas la luz inefable, aunque imperfecta, de la palabra. Grande era el beneficio, pero mayor fué la recompensa. En cuanto fué posible penetrar en aquellas inteligencias desconocidas, la investigacion no descubrió en ellas nada que se semejase á una idea, no digo solamente á una idea moral y religiosa, sino ni aun á una idea metafísica. Todo era en ellas imágen de lo que cae en los sentidos, nada de lo que cae de mas alto en el espíritu. La sensacion se halló allí en flagrante delito de impotencia, ¿qué digo la sensacion? La misma inteligencia, aunque dotada de la semilla ideal de la verdad, y aunque asistida por la revelacion del mundo sensible, aparecia en los sordo - mudos en el estado de esterilidad. Hombres de edad ya madura, nacidos en medio de nuestra civilizacion, que jamás la habian abandonado, que habian asistido á todas las escenas de la vida doméstica y de la pública, que habian visto nuestros templos, nuestros sacerdotes y nuestras ceremonias, estos hombres preguntados por aquel insigne varon sobre el trabajo íntimo de sus convicciones, no sabian nada de Dios, nada del alma, nada de la ley moral, nada del órden metafísico, nada de ninguno de los principios generales del espíritu humano. Hallábanse en el estado puramente instintivo. Cien veces se ha repetido la misma experiencia, y cien veces ha dado los mismos resultados. Apenas se perciben en la multitud de documentos publicados hasta el dia algunas dudas ó algunas disidencias sobre un hecho tan capital, y que es el descubrimiento psicológico mas grande de que puede gloriarse la historia de la filosofía. ¿Pues qué, el pensamiento tenia en la palabra un auxiliar tan indispensable, que sin su auxilio estaba condenado el hombre á no poder salir del reino de las sensaciones? ¿Era la palabra el punto ó el medio de union entre el alma y el cuerpo, respecto á todas las operaciones de la inteligencia? ¿Exigia nuestra doble naturaleza aquella especie de encarnacion de lo mas inmaterial que hay en el mundo, ó bien habia querido Dios darnos á entender la dependencia de nuestro espíritu, haciéndole incapaz de fecundarse, sin la accion exterior de la enseñanza oral?

Sea cual fuese la explicacion de esto, lo cierto es que el hombre no habla sino despues de haber oido hablar, y que no piensa hasta despues que las ideas contenidas en la palabra han despertado el germen inteligible depositado en el fondo de su entendimiento. Si

el hombre no poseyese aquel germen inteligible, en vano la palabra, pasando á través del oido, iria á solicitar su inteligencia; él no la oiria sino como un sonido y no como una expresion; sonido vacío para él, y no una expresion viva de la verdad. Mas la verdad preexiste en el hombre como el árbol preexiste en la semilla, como la consecuencia preexiste en su principio. Así como la enseñanza posterior hace desplegarse en cada uno de nosotros una multitud innumerable de deducciones contenidas en las ideas primitivas, pero de que ningun conocimiento tenia nuestro espíritu, del mismo modo la enseñanza inicial hace aparecer ante nuestra vista interior las mismas ideas primitivas. Os parece, señores, muy natural que la palabra os revele las matemáticas, aunque las poseais por completo en las nociones primordiales de unidad, de número, de extension y de peso. ¿Por qué, pues, habria de pareceros extraño que la palabra os hiciese percibir tambien las nociones de unidad, de número, de extension y de peso, que son la base de las matemáticas? El uno de estos fenómenos no es mas singular que el otro; quizá es mas fácil comprender el sueño integral y profundo de una facultad que no se ha visto aun removida por nada que sea análogo á ella, que el comprender porqué esta facultad una vez puesta en ejercicio se detiene en su camino, y espera á que la palabra le manifieste las simples consecuencias de lo que ella ve con claridad. Resulta de todo esto que el hecho es incontestable, y que la palabra es el motor primitivo y necesario de nuestras ideas, á la manera que el sol agitando con su accion la vasta extension del aire, produce en él la escintilacion brillante que ilumina nuestra vista.

Síguese de esto, señores, que la doctrina católica está en lo verdadero cuando nos muestra á Dios enseñando al primer hombre, ya haciendo salir la verdad de su inteligencia por la percusion del Verbo, ya anunciándole unos misterios que exceden á las fuerzas del órden puramente ideal como veremos mas adelante. En efecto, pues que el hombre no piensa ni habla hasta despues que ha oido hablar, y que por otra parte, las generaciones humanas vienen á parar en Dios que es su criador, síguese de aquí que el primer movimiento de la palabra y del pensamiento remonta hasta el momento de la creacion, y que ha sido dado al hombre, que nada poseía, por aquel que lo poseía todo y que queria comunicárselo. Una vez impreso este movimiento ha empezado la vida intelectual para el género humano, y ya no ha vuelto á detenerse. La palabra divina, inmortalizada en

los labios del hombre, ha corrido como un río inagotable y se ha dividido en mil arroyuelos á través de las vicisitudes de las naciones, y conservando su fuerza así como su unidad en la mezcla infinita de los idiomas y de los dialectos, perpetúa en el seno mismo del error las ideas generadoras que constituyen el fondo popular de la razón y de la religión. Si la libertad humana vicia su enseñanza, es tan solo de un modo limitado; y sus esfuerzos no alcanzan hasta las recónditas profundidades de la verdad. La palabra, por el solo hecho de pronunciarse, lleva en su esencia una luz que afecta al alma, y se la hace cómplice si no en un todo, á lo menos con respecto á los principios fundamentales sin los que el hombre se desvanece enteramente; así Dios, por la efusión de su Verbo, continuado en el nuestro, no cesa de promulgar el evangelio de la razón, y todo hombre por más que haga, es órgano y misionero de este evangelio. Dios habla en nosotros aun á pesar nuestro; la boca que blasfema de él, contiene todavía la verdad; el apóstata que reniega de él, hace un acto de fe; y el escéptico que de todo se ríe, se sirve de palabras que todo lo afirman.

Sin embargo, señores, si el escepticismo absoluto es impotente contra la revelación de la palabra, no sucede lo mismo con el escepticismo imperfecto ó vulgar. Este no desconoce la razón humana, y no disputa sino sobre ciertas aplicaciones relativas al orden superior que no cae bajo nuestros sentidos. Rechaza con especialidad toda relación personal entre Dios y nosotros por medio de la palabra; pretende que nuestras ideas salgan por sí mismas de las fuentes vivas del entendimiento; y al suponer que la palabra sea necesaria á su emisión íntima, no reconoce en esta maravillosa operatriz ningún carácter tradicional y divino. Según él, Dios no ha hablado al hombre, sino que el hombre se ha hablado á sí mismo. También dice que el hombre es hijo de sus obras, y que todas las verdades que posee, las debe al buen resultado de sus propias investigaciones.

Acabo de refutar este sistema, que es la piedra angular del racionalismo, y que os explica la ceguedad en que viven apartadas de Dios tantas criaturas destinadas á conocerle y amarle. Dios nos ha dado la luz bajo tres formas distintas, que reciben su complemento una por la otra; la forma inteligible, la forma sensible, y la forma oral ó tradicional. Ahora bien, el racionalismo no admite sino las dos primeras, y rechaza con la tradición la certeza invencible que se encuentra en unos dogmas afirmados por el mismo Dios. Abre á sus adeptos el campo de una especulación sin límites, al cual no llevan

sin embargo, ni aun los que se hallan mejor dispuestos, sino una inteligencia imperfecta, oscurecida por las preocupaciones del nacimiento y de la educación, y viciada aun más peligrosamente por el dominio de los sentidos sobre el espíritu. Pero aun cuando todos estos obstáculos fuesen superables, quedaria todavía el mayor de todos, que es el orden establecido por Dios en la comunicación que ha hecho al hombre de la verdad. Si el hombre fuese un espíritu puro, veria la verdad en la luz inteligible, sin el socorro de ningún elemento sensible.

Si siendo una unidad compuesta de cuerpo y alma no hubiera sido destinado á mantener relaciones personales con Dios, hubiese visto probablemente la verdad en la combinación de la luz inteligible y sensible, independientemente de toda tradición oral. Pero el hombre es á la vez espíritu y materia, y está llamado además á vivir en sociedad con Dios; esta es la razón por la cual le ha sido comunicada la verdad bajo un modo triple y uno, correspondiente á su naturaleza y á su vocación. Si quiere pensar como un ángel, no puede, porque siempre interviene alguna imagen del exterior en sus más sutiles operaciones. Si quiere pensar como el animal, tampoco puede, porque la elevación de sus especulaciones le ensalza en el acto mismo en que se degrada, y al deducir que no es sino materia, prueba que es realmente espíritu. Por último, si quiere pensar como un ser separado de Dios, independiente de toda relación personal con él y apoyado únicamente en su propia razón, sin duda puede hacerlo, pero no será sino perdiendo inmediatamente el equilibrio de la inteligencia. En el mismo momento busca, titubea, se engaña, y aun cuando pone la mano sobre la verdad, las nubes que la cubren y lo estrecho de su horizonte le quitan toda esperanza de levantar por sí solo el peso inmenso del cielo y de la tierra. La historia del espíritu humano nos ofrece á cada página una demostración superabundante de la que acabamos de decir. Dos filosofías se disputaban allí el imperio: la religiosa ó tradicional, y la filosofía racionalista ó crítica. La primera, aun cuando se halle mezclada de errores, asienta los espíritus y funda los pueblos: la segunda, aun cuando afirma una parte de la verdad, destruye lo que ha edificado la otra.

En una palabra, señores, Dios, que es la verdad, se nos ha dado á conocer por tres revelaciones que no son más que una, las ideas, el universo y la palabra. Cualquiera que rompa este haz, turba y divide la claridad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; se condena á una ignorancia que el saber hará cada día más grande;

vivirá á la casualidad como un ser que no tiene principio ni fin, porque se habrá quitado á sí mismo, al quitarse la verdad, es decir, el conocimiento de Dios, el primer medio que se nos ha dado para cumplir nuestro destino, el cual consiste en dirigirnos á Dios y en obtener imitándole la perfeccion de su naturaleza y la beatitud de su vida eterna.

## SERMON QUINCUGÉSIMO.

### **Del hombre considerado como ente moral.**

El hombre no es tan solo una inteligencia, no es solamente un ser contemplativo. Si Dios no le hubiese dado sino la actividad de la contemplacion, su vida se hubiese limitado á una simple y perpetua mirada, á una adoracion impasible de la verdad. Pero el hombre es tambien un ser afectivo y operativo: hállase dotado de una segunda facultad, consecuencia de la primera, que tiene dos actos, de los cuales el uno se expresa por esta palabra: yo amo; el otro por esta: yo mando. Esta es la voluntad. Tenemos, pues, que saber lo que Dios ha hecho por la voluntad cuando creó al hombre, y qué medio nos ha comunicado en ella y por ella para llegar á nuestro fin, que es la perfeccion y la bienaventuranza.

Pero ántes de entrar en este grave asunto, tengo, señores, dos súplicas que haceros. Primeramente os suplico que cualquiera que sea el sentimiento que conmueva vuestros corazones, no aplaudais nunca. No es esto que no conciba, aun al pié mismo de los altares, el movimiento involuntario que conduce muchas veces á una asamblea religiosa á dar en cierto modo un testimonio unánime de su simpatía y de su fe. Mas aunque en ciertos casos puedan parecer excusables estas aclamaciones cuando salen con piedad del alma de los oyentes, sin embargo, os ruego que obedezcais á la tradicion constante de la cristiandad, que es no responder á la palabra de Dios sino con el silencio del amor y la inmovilidad del respeto. Este comportamiento se lo debeis á Dios, y quizá tambien al que os habla en su nombre. Aunque yo no fuese tentado por el orgullo al escuchar vuestros aplausos, podria sospecharse que no era insensible á ellos; tambien podria creerse que en lugar de distribuiros gratuitamente lo que gratuitamente he recibido, trataba de buscar el premio en la gloria de la popularidad, recompensa honorifica algunas veces, pero siempre frágil, y mas frágil y mas vana todavía entre los que reciben y el que da las lecciones de la eternidad.

La segunda súplica que tengo que haceros es en favor de una na-